



Poema jubililar

José Ramón Enríquez

Vio muy claro que el tiempo no existía
en la tarde de aquel sopor pesado, inacabable,
tarde de los videntes en la isla de Pathmos,
donde Juan inventara sus poemas.
Mírenlo moverse torpemente sin cuerpo propio
y siempre en homenaje a la belleza de los cuerpos ajenos.
Boquiabierto,
mientras el tiempo inútil se borraba del mapa para siempre
y quedaba el azul de un cuerpo inmóvil,
de un pecho y su latido
para reposar la migraña y saberse querido
contra toda previsión de los mentores.
Filicida,
el dios malo que ya entregó su espada
lo tiene todavía en el espasmo de su grito final,
el del horror, insomnio, caracoles perdidos,
ignorante aún de que la muerte eterna
del dios que fue vencido con sólo una mirada del dios otro
le supone una vida.

Aunque duela el momento en que está inmerso,
sin saber bien a bien si es el ayer, es el hoy o es el mañana,
algún frescor de alivio lo acaricia
aunque el siglo, el milenio, los ratos y el minuto
musiten letanías desconocidas.
¡Cuán inútil batalla y cuánta sangre inútil bebida por la tierra!
Los muslos de las piernas cercenadas son bellos todavía
pero los labios, no.
Tan lívidos los labios, tan espantosamente detenidos
en asombros sin cuento y sin cuidado.
Las axilas, los biceps, los muñones
son discursos pasados porque las alas nuevas
van a surcar el aire de una historia que empieza a cuatro patas
o, mejor todavía, como pez en el agua del principio,
cuando el verbo existía y el padre y el espíritu
pero los hombres, no. Por supuesto, él tampoco,
hombre-niña, niña-niño, pececillo dorado,
salamandra y murciélago y cincuentón de miedos
que recorre su propio mapamundi
para escoger un punto al azar y de golpe.
El punto del año jubilar de aquel poema
en el que el tiempo, muerto, sólo deja un olor
y algunos deudos.